

Estrellas Nova (Stellae novae)

Basado en la obra Sotoba Komachi (Bella mujer en el relicario), de Yukio Mishima (1925–1970), quien a su vez tomó la idea original de la obra homónima de Kan'ami Kiyotsugu (1333–1384), actor, autor y músico japonés, de teatro Noh, durante el periodo Muromachi.

Personajes: *Ella, de edad indescifrable, pero superior a los cincuenta años. Él, también indescifrable en edad, quizá en los veintitantos. Ambos parecen mayores de lo que en realidad son.*

Sitio semioscuro que, puede presumirse, es la casucha de cartón y lámina de una persona en situación de calle. Un pequeño altar al que adornan algunas imágenes de santos y la virgen. Un calendario viejo. Varias velas y veladoras apagadas. Afuera se escucha todo ruido de ciudad, sonidos que se irán apagando conforme la acción avanza, hasta que desaparezcan del todo. Se escuchan voces, alejándose).

— “¡Fuera de aquí! ¡Loca! ¿Qué te piensas, que estás en tu reino? ¡A rogar a otra parte...! Y tú, niño, aléjate de ahí... ¿Quieres que te roben?”

(Entra Ella, un tanto apresurada, sus ropas denotan ser persona de la calle. Trae en las manos un gran ramo de cempasúchil que acomoda mal en cualquier rincón. Tararea o murmura algunas frases inconexas...).

Ella: — Calla mi voz: tu voz es sólo huida... Tu beso es sólo agua...

(Enciende 3 de las veladoras y se persigna. Las demás las irá encendiendo, y después apagando, según avance o se acerque al final la obra. Saca un atado de debajo de su ropa. Lo abre. Algo de comida, quizá un pan, una pieza de pollo... Da un mordisco y mastica sin pena. Vuelve a murmurar).

Ella: — ... No abrazo. Abrazas tú. Tú... *(reflexiona)*. Abarcas el espeso calor de hoy, tu noche entera y... y me doblegas de espalda, y me sujetas...

(Da otro mordisco, mastica, se reacomoda, y vuelve a murmurar)

Ella: — Debo dormir quizá y hacerte sueño y, luego, casi al instante, hacerte aurora. La noche es, además de esplendor y estrellas, este sitio y mi toda soledad...

(Saca de entre sus ropas una vieja y sucia libreta, y un lápiz. La abre. Anota en ella, mientras murmura).

Ella: — ... este sitio y mi toda soledad... Sólo faltas tú: eres tu ausencia.

(Pica con el lápiz sobre la libreta, como si marcara un furioso punto final. En un rincón empieza a moverse algo bajo telas sucias. Aparece Él, bostezando. Posiblemente un poco pasado de copas. Saluda al tiempo que pregunta. Desaparece todo ruido externo).

Él: — ¿Puedo?

(Ella lo ve, lo mide, y hace un hueco para que se acomode. Él se sienta y abre una especie de interrogación, como si esperara algo. Silencio incómodo. Luego intenta reproducir el tono con el que Ella dijo).

Él: — “Sólo faltas tú: eres tu ausencia...”. ¿De dónde sacaste eso? ¿Es tuyo? No me vengas con que...

Ella: — ¿Qué? ¿Resulta que eres espía? *(enciende una vela)* Si vas a andar averiguando entre mis cosas ya puedes irte yendo muy allá lejitos...

Él: — No, no... te escuché por casualidad y.... me gustó... Es que yo.... Soy poeta... Quiero ser poeta... Me gustaría ser poeta... *(Parece no saber qué hacer con las palabras).*

(Ella guarda su libreta, voltea a su alrededor y dice con incredulidad y suficiencia).

Ella: — ¿Y crees que aquí es donde lo vas a conseguir?... ¿Poeta...? *(Luego murmura)* Eres una constelación de arenas...

Él: — Bueno, no aquí... ¿Quién podría escribir poesía en este rincón maloliente...? *(Él saca de entre sus ropas una libreta mucho más aseada que la de su compañera, la abre e*

intenta escribir con desesperación, y repitiendo en voz alta, lo que Ella acaba de decir).

“¡Eres una constelación de arenas!” ¡Esto es poesía...! ¡Estas no son palabras tuyas...!

(Se da cuenta al observar la seria cara de ella que ha podido herir sus sentimientos. Se trata, por supuesto, de un malentendido. Ella esculca entre sus cosas y saca una pieza de pollo)

Él: — Bueno... *(Aspira hondo)* ni huele tan mal... *(Y tratando de componer)*. No huele nada mal, ya oliendo con detenimiento...

Ella: — ¿Desde hace cuánto estabas escuchando cabroncito...?

(De pronto Él cae en la cuenta que Ella trae en las manos la pieza de pollo. A partir de ese momento no puede sino seguir los amplios ademanes que Ella hace con la mano con la que apresa el alimento. Cuando Ella lo nota, con esa mano señala hacia algún sitio indeterminado fuera de escena. Los ojos de Él siguen el ademán ostentosamente. Pareciera se va a lanzar sobre la presa).

Ella: — *(provocadora)* ¿Por qué no vas allá afuera a buscar... poesía...?

(Ella lo sigue provocando con la pieza de pollo. Él queda mudo).

Ella: — Poesía, ¿eh? *(murmura)*: ... y, mientras deseo, no sé cuántas puñaladas doy al corazón del sueño.

(Le acerca un pedazo de pollo. Él deja caer su libreta, toma la presa y la engulle apresuradamente. Ella sigue murmurando, pero cada vez en voz más alta).

Ella: — ¡Eres el astro errante de las noches arábicas y eres la grava de esa indeterminación! ... y, mientras respiro, no sé cuántas puñaladas doy al corazón del sueño.

(Él pareciera no haber estado escuchando, pero apenas ha terminado su bocado, se apresura por su libreta y repite, mientras escribe).

Él: — “¡Eres el astro errante de las noches arábicas...!” ¿De dónde sacas todo esto?

Ella: —Bueno, ya párale... ¿Vas a escribir todo lo que diga? (*Se pone a limpiar con un trapo un pocillo desportillado y un vasito de cristal*). Pues déjame decirte que no te va a alcanzar tu libretita... Me han dicho que yo hablo hasta en sueños... Bueno, me lo decían, porque ya hace mucho que no comparto con nadie... (*Le acerca el pocillo y pide*). Sirve aquí de tu refino...

(*Él no parece entender. Ella insiste y le hace un guiño señalando los bolsillos de Él. Él entiende y saca una botella de licor, tres cuartos llena, y sirve en el pocillo y luego acepta el vasito*).

Él: — ¿Por qué sabías? (*señala el pomo*).

Ella: —Hay cosas que los viejos sabemos... (*Enciende una vela. voltea hacia el público y hace un aparte*): Cree este que lo iba a dejar dormir aquí sin investigarlo... (*luego murmura*): ¡Eres aún más, más que la pesadilla misma donde yerro, y aún más que el desdibujado camino en ese embotamiento!

Él (*escribiendo*): — “... el desdibujado camino...” ¿De dónde sacas estas palabras? Yo... ni siquiera había escuchado algunas... (*De pronto se lleva una mano al pecho y hace un ligero rictus de dolor. Este gesto lo repetirá dos o tres veces durante la obra*).

Ella: — (*Que nota su gesto*) ¿Y ahora tú? ¿Estás bien?

Él: — Sí, no es nada... Incomodidad... Tú sabes... Dormir aquí tampoco es como dormir en un hotel de lujo...

Ella: — ¡Míralo tú....! Y ahora resulta que hasta te vas a quejar de este...

Él: — No, no me malentiendas... Perdón, perdón, perdón... Solo quise decir, tú sabes, que...

Ella: — Yo sé... ¿Dónde estabas cuando el temblor...? ¿Ya habías nacido?

Él: — ¿Qué temblor? ¿Cuándo? ¿De qué hablas?

Ella: — El del 85... ¿Ya habías nacido?

Él: — ¡Claro! No soy tan niño...

Ella: — Ese día mi vida dio un vuelco, para bien... Se cayó mi casa... Bueno, la de mis padres...

Él: — ¿Para bien?

Ella: — Para bien... Yo acababa de empezar a estudiar letras en la UNAM... No sé si quería ser poeta, pero sí, se me antojaba escribir... Me metí ahí por lo mismo que los que estudian psicología eligen esa carrera.... Para curarme... Pero qué va... Luego de leer un par de libros me empecé a marear... Pero, bueno, no quería estar en casa, así que seguí con la escuela... Luego... Se acercó el maestro de literatura europea del siglo XX. Me invitó a discutir a Kafka, pero casi de inmediato pasó a los Veinte poemas de Neruda... Luego me dio un beso... (Murmura): ... y, mientras imito, no sé cuántas puñaladas doy al corazón del sueño.

(Él escribe, embobado, y repite).

Él: — "... no sé cuántas puñaladas doy..."

Ella — *(Que lo ve como si fuera la primera vez)* Mira, mira... No eres tan feo... *(murmura)*: ¡Eres aún más, más que la gota de savia que cae luego de haber esperado siglos al insecto transeúnte, y aún más que el insecto ya inmortalizado y vestigio!

Él: —*(casi grita)* ¡Vestigio...! *(anota en su libreta)*. ¿Sabes hace cuánto que no escuchaba esa palabra?... No, no lo sabes... ¿No quedó nada de tu casa? Digo, luego del temblor...

Ella: — Nada... Mis padres, que de por sí ya apenas si se hablaban, terminaron por separarse. Yo me quedé unos días con mi madre, en casa de una tía. No nos soportaron mucho ahí. Mi madre un día salió y no volvimos a saber de ella. A mí me pusieron de patitas en la calle. Llegué a un albergue y luego... Luego que dejo la gran ciudad y que me vengo a Pachuca... la Bella Airosa... Yo creo que me vine para acá por el viento...

Él: — ¿Por el viento? *(aparte)* ¿Quién elige una ciudad por el viento?

Ella: — Yo... ¡Ah, la libertad! Un día probé de esto.... (*señala su sitio, lo que queda del pollo, su altar*) y ya no quise volver... (*murmura*): ... y, mientras recapitulo, no sé cuántas puñaladas doy al corazón del sueño.

Él: — ¿Y qué con el maestro? Porque... era un maestro, dijiste... ¿Lo dejaste así como así? ¿No estabas enamorada?

Ella: — ¿Yo? ¡Por supuesto que estaba enamorada! (*Enciende una vela*) ¿De dónde crees que saqué todas esas palabras que te extrañan? Me aprendí todos los libros que él citaba. ¿Qué si él estaba enamorado. A saberlo... Parecía enamorado... No volví a verlo...

Él: — (*dudando, como si tratara de definirla*): —Eres... Eres la que es precedida por el artículo "la"... Eres... eres, pues, (*como si hiciera un descubrimiento*) ¡Eres la noche!

Ella: — (*aparte*) ¿Quién es este? ¿Qué viene a quitarme? (*a él*) ¿Quién eres tú, vas a decirme?...

Él: — Nadie... Ayer salí a tomar con unos amigos... Esque bohemios... No malagente... Luego de unos tragos empecé a sentir que no cuadraba ahí... Dejé unos pesos sobre la mesa y salí a la calle... Sería la medianoche... El frescor del aire me espabiló de una manera extraña. Empecé a caminar sin rumbo, luego tropecé... Hoy por la mañana desperté aquí, por el vozarrón de un tipo que gritaba no sé qué cosas sobre el fin del mundo y luego de atenderlo volví a caer. Hace un rato desperté aquí con tus ruidos y tu palabrería...

Ella: — No me has dicho nada de tí...

Él: — No hay mucho que decir... Hace un par de meses me sentí un poco mareado y, sin muchas ganas, fui a ver al doctor general. Ese me envió con el cardiólogo. Con pocos remilgos me dijo que lo mío era grave, que me quedaban unos meses, quizá solo semanas... Que llevara una buena dieta y que dejara el alcohol... Ese mismo día pedí prestado y con lo que conseguí me compré veinte litros de tinto no muy fino... Me los acabé en cuestión de días, pero seguí igual, ni me sentía mejor, ni me moría... Por eso ayer no dudé en aceptar la invitación de mis amigos, a ver si así acortaba el asunto...

Ella — (*Como para sí*): — Así que suicida...

Él: — ¿Suicida? No... Rabio por vivir un día más... Pero, ¿de dónde lo saco? Ni siquiera sé escribir... No como tú... (*declama sin aspavientos*) “¡Eres aún más, más que la pesadilla misma donde yerro...!”

Ella: — Robas mis palabras...

Él: — ¡No! ¿Cómo podría?

Ella: — ¿Tienes más de eso? (*Le extiende su recipiente. Él sirve*).

Él: — Pero.... Cuéntame tú... ¿Te fuiste a la calle y ya?

Ella: — Si y no. Conforme fueron pasando los días fui cambiando. Sin apenas sentirlo... Hasta que un día, frente a una de esas tiendas de grandes aparadores, vi a una persona frente a mí...

Él: — ¡A tu papá? ¿A tu madre? ¿Al profesorcito?...

Ella: — No... Me vi a mí misma... Y, para mi sorpresa, casi todo me gustó...

Él: — ¿Qué te gustó?

Ella: — Casi todo... Aunque de mi ropa, casi nada se distinguía de nada, pero... Pero me vi más vieja de lo que realmente soy... Eso me gustó... Me di la vuelta, derecha, izquierda... Y me aprobé... Me dije que a esa vieja nadie, jamás, le volvería a faltar al respeto, que nadie la engañaría... Y que me suelto riendo... No había pasado ni un minuto cuando se apersonaron un par de pólicis. Que me agarran cada uno de un brazo y que me jalen hacia la patrulla. Fue la primera vez que fui a dar al tambo... por andar riendo en la calle. Me hicieron algunas cosas... cosillas... Pero supongo que les daba asco... Me botaron luego en cualquier esquina con el sambenito de que si lo volvía a hacer me iría peor... Me pregunté: Si volviera a hacer ¿qué?... ¿Reír?

Él: — (*Como meditando*): — Reír...

Ella: — ¿No te gusta reír? Es muy fácil... Sólo venos a nosotros dos... Piensa... ¿Qué hacen estos dos aquí? (*Prende una vela. Se suelta riendo. Él la sigue*).

Él: — Sí, ¿qué hacen estos dos aquí... en la calle...?

Ella: — ¿Ahora resulta que tú también eres de la calle? No me digas.... Serás de la calle, quizá, cuando mates a alguien... De la calle tú...

Él: — Ya. ¿A poco se necesita de mucho para ser reconocido como individuo en situación de calle?

Ella: — No me lo había preguntado. Supongo que se requiere cumplir con algunos requisitos mínimos...

Él: — Ya me lo imagino... Señor, señora, atendiendo a los méritos que a usted corresponden, luego de haber pasado las pruebas pertinentes, entre las que se enumeran (*aclarar la garganta*) dormir varias noches en la misma banca del parque, y haber orinado en la esquina sin autorización de la alta autoridad, le presento su título de... Licenciado de Calle... ¿Qué tal?

(En medio de las risas que van en aumento se escucha un ruido fuerte afuera, como de trastos que caen. Se hace el silencio adentro, ante el manifiesto gesto de temor de Ella...).

Él: — ¿Qué pasa...? No es nada... Algún gato... (*Imita a un gato para tratar de que ella vuelva a reír*).

Ella: — Es que... No estamos... (*Corrige*) No estoy segura aquí... Hoy tenía pensado buscar otro sitio...

Él: — ¿Por qué? (*Voltea a su alrededor*) Aquí se está bien... (*Sufre uno de sus espasmos y se lleva la mano al pecho, pero se recobra de inmediato*).

Ella: — (*Ella, que no lo ha notado, repite maquinalmente*) Aquí se está bien... Aquí se estaba bien... Aquí se estaría bien... Ya no es seguro... ¿Conoces tú a Ciriaco?... No, qué vas a conocerlo...

Él: — ¿Ciriaco?

Ella: — *(En cualquier momento empezará a apagar las velas)* ... es el mandón en estos terrenos...

Él: — ¿Un grandulón, de lentes de fondo de botella?

Ella: — Sí. Ayer vino, como otros días, con que o le doy el diezmo o me saca de aquí...

Él: — ¿El diezmo?

Ella: — ... que va a tirar mi casa... ... que la va a convertir en un infierno...

Él: — ¿Con qué motivo?

Ella: — ¿Crees que el tipo necesita motivos?

Él: — Debería...

Ella: — Yo prefiero irme... De esa gente ya estoy hasta el copete... De esa gente he estado huyendo desde hace años, pero por alguna razón, vuelve... ¿Nunca te has preguntado si existen las maldiciones? *(Vuelven a escucharse ruidos afuera)*.

Él: — No... ¿existen?...

Ella: — *(Murmurando)* Trece, trece, veintitrés, sesenta y seis, sesenta y seis... ¿Dónde dejé mi limón con ajo...?

Él: — ... y ese de los lentes, ¿usaba un overol negro?

Ella: — No... azul.... Bueno seguramente ya parece negro... sí... *(Murmura)*. Santo, santo, santo, dos mil novecientos treinta y tres, tres, tres...

Él: — ... y ¿acaso, hablaba *(Insiste en usar el pretérito)* así como si quisiera engrosar la voz a propósito?

Ella: — Si... Cree que así asusta... A mí no me asusta... Pero no quiero andar peleando ni con él ni con ningún otro... Bendito Dios que yo aprendí esa lección hace mucho tiempo... Lo que me preocupa es que aquí está mi casa... Todo lo que tengo *(mira a su alrededor)*... ¿Dónde está mi limón con clavo?

(Él toma un ramito del cempasúchil. Ella le da un manazo, más de afecto que de reproche y dice).

Ella: — Deje de andar tentoneando...

Él: — ¿Y acostumbraba traer una raqueta de tenis media rota, sin cuerdas, como si fuera un mazo para agolpear a quien se dejara?

Ella: — ¿Ahora traía una raqueta? Si, él...

Él: — y ... ¿y se contoneaba como un pato?

Ella: — Sí...

Él: — ... Yo digo que tenía pie plano. ¿No crees...?

Ella: —... Sí. Deberías conocerlo... solo para que te hagas una idea... No ve de un ojo... Parece un cíclope... (*asombrada*) Pero, es que... Sí, ¡lo conoces! ¿De dónde lo conoces?

Él: — Ya no te puede hacer nada...

Ella: — ... ¿Tú...? (*Se da cuenta de que Él ha estado mencionando características muy reconocibles de Ciriaco, y siempre en pretérito*). ¿Tú le hiciste algo a Ciriaco? No, qué va a ser... Ciriaco es un tipo dos veces más grande que tú, y ha vivido aquí por años... ¿Qué podrías hacerle...?

Él: — ... Vino apenas te fuiste temprano... y empezó a gritonear y hacer escándalo... Yo creo que quería que lo oyeran tus vecinos para presumir y para escarmentar...

Ella: — ¿Y se metió con mis cosas...?

Él: — ... No le di tiempo...

Ella: — ¿Que no le diste tiempo?

Él: — ... No. Dicen que vale más maña que fuerza, ¿no? Cuando empezó a gritar me despertó, y como yo no sabía lo que estaba ocurriendo, entre que era la primera vez que dormía yo aquí, y luego de haberme pasado de copas... Bueno, que me asomo por esta

rendija (*retira un poco una tela de las que cuelgan en el sitio*) y así pude observarlo a mis anchas (*Se detiene y se aprieta el pecho*).

Ella: — (*Apresurándolo*) ¿Y luego?

Él: — (*Se recompone*) No me gustó lo que estaba diciendo... Que si iba a tirar tu casa... Que si no pagabas él tenía remedio para los incumplidos...

Ella: — Y saliste vestido de Batman, y ya, ¿no?

Él: — Lo sopesé bien... Supuse que si me le acercaba por el lado de su ojo malo no podría notarme... Yo creo que también andaba mal del oído, porque ni se dio cuenta...

Ella: — ¿Qué dices?

Él: — ... Te digo que no le di tiempo... Como no esperaba que hubiera nadie aquí... Agarré uno de esos pedazos de ladrillo con que sostienes tus láminas, me le acerqué por su lado malo y que se lo descerrajo en la nuca. Cayó como un plomo sin decir ni a...

Ella: — ... ¿Lo mataste?

Él: — ... No sé. Quizá sí. Luego lo arrastré hasta el zanjón que... Bueno, tú conoces tus territorios... Lo dejé ahí, cubierto con algunos desperdicios... Seguía sin moverse cuando me di la vuelta para regresar...

Ella: — ¡Ay, diosito, Dios....! ¿En qué me habrás metido?

Él: — ... En nada... Cuando lo encuentren supondrán que su muerte fue resultado de un conflicto de borrachos... De gente como...

Ella: — Como nosotros, como yo... ¿No te das cuenta? Claro que como yo... Ya tiene la poli motivos para regresarme a galeras... A ver... dame de eso... (*le extiende su vaso*). Me tienes temblando... Y yo que creí que eras un bueno para nada...

Él: — ... Soy un bueno para nada... Desde hace mucho que pienso que a ese tipo de personas habría que destruirlas... Pero no me atrevo...

Ella: — ¿A ese tipo de...?

Él: — ... Los abusivos... Cuando estudiaba la primaria un día se me acercó el celador y me dijo que al terminar las clases, me esperaba en su oficina. Temblé... Algo me habían contado, pero no sabía exactamente lo que me tocaba enfrentar... Me dijo palabras que no recuerdo, excepto las últimas... “No tengas miedo, no es malo”. Se bajó los pantalones y puso mis manos entre sus piernas... Luego añadió: “Siente”. Hasta donde recuerdo yo retiré mis manos de inmediato, pero para entonces ya había sentido... ... lo que él quería que yo sintiera.

Ella: — ... ¿Lo acusaste?

Él: — ... Lo peor vino después, y aún anda conmigo... Lo que yo sentí no puedo describirlo, pero lo recuerdo siempre, a diario, cada vez que despierto...

Ella: — Yo sé... yo sé... *(como tratando de consolarlo)*.

Él: — Lo curioso es que hace un rato que me despertaste no apareció el recuerdo...

Ella: — ¡Ja...! ¡No me digas que te curó el golpazo que le diste a Ciriaco...!

Él: — Tendré que esperar a mañana para saberlo... *(ríen)*. ¡Salud!

Ella: — ¡Ay nanita! ¿En qué me habrás metido? *(ríen)*. ¡Salud! *(dejan pasar unos segundos con la vista puesta en la luz de una de las veladoras que han colocado en el centro)*

Él: — ¿Yo...? “¡Eres, mientras dudo!”

Ella: — Al rato vamos a tener que ir a moverlo...

Él: — ¿Para qué? ¿Para saber si está vivo? *(ríe)*

Ella: — ¡Para cambiarlo de lugar, zoquete! Ni modo que lo dejemos en la basura... Después de todo, es un ser humano, ¿no?

Él: — ¡Déjalo ahí! Por mí, que se pudra en los infiernos...

Ella: — Vaya, hablas como si no tuvieras almita... ¿No te compadeces de nadie?

Él: — No, no tengo... Digo, almita... (*duda*) Si, debo tenerla n alguna parte... Pero ese...
¿merece tu atención?

Ella: — ¿Celoso?

Él: — Celoso, ¡ja! Primero necesitaría estar de colita por alguien...

Ella: — Y ni cerca, ¿verdad?

Él: — Ni cerca...

Ella: — Pues déjame decirte que Ciriaco... (*murmurando*) ... y, mientras cifro, no sé cuántas puñaladas doy al corazón del sueño. ¡Eres, sin duda!

Él: — (Toma su libreta. Se aprieta el pecho) "... corazón del sueño... ¡Eres, sin duda!" ¿De dónde sacas todo eso?

Ella: — Podría decirte, mientras no te enamores...

Él: — ¿Enamorarme? ¿De quién...? No puedo imaginar a nadie en kilómetros a la redonda de quien pudiera enamorarme...

Ella: — ¿Nadie?

Él: — ¡Nadie!

Ella: — Nadie... (*con desánimo*)

Él: — (*Hacia el público, como hacia el infinito, con voz afectada por la ingesta de alcohol*)
¿Hay alguien por aquí de quien pueda enamorarme? (*Actúa como si estuviera viendo visiones*). ¿De ti acaso? ¿De ti...? (*se pone de pie*). ¿Alguien que reúna las condiciones necesarias? Podríamos empezar con un baile... (*hace el gesto de invitarla a Ella*).

Ella: — (*enfurruñada*) No bailo...

Él: — (*Se arrodilla frente a ella*). Un día la conocí, finalmente... Cuando ya desesperaba, se me presentó, como un milagro. ¿No es así el amor?

Ella: — ... como un milagro...

Él: — Tenía... Déjame pensar... (*Voltea a verla. Luego, sorprendido*). Tus ojos... ¡Tus ojos!

Ella: — Ay si tú... mis ojos...

Él: — Tendría quizá dieciocho años y un cabello como... (*la ve. Toca su cabello*)... como... el tuyo. Su mata desbordaba de rizos... de reflejos... ¿Sabes tú lo que es la mirra? Estoy seguro de que ella se untaba mirra para que, a cada movimiento de su cabeza, sus cabellos enviaran luces a los pretendientes... Y la corte rebosaba de aspirantes que querían su corazón, y... su trono...

Ella: — ¿La corte? ¿Su trono?

Él: — Sí, y por eso ella era infeliz, y hacía infeliz al rey...

Ella: — Lo puedo imaginar...

Él: — Pero yo me enamoré de ella... De sus manos... (*Ha ido perdiendo fuerza, toma las manos de Ella, y hace como que se las lee*). ... sus manos... ¡Tus manos! Los dedos regordetes... Y esta línea de la vida, tan larga...

Ella: — (*Hace como que va a recoger su mano, pero se la deja*) ¿iPara qué quiero una vida larga...!? ¿Para recoger más tipos como tú en el basural?

Él: — (*Que no atiende a la indirecta*) Y esta línea del amor, más larga aún... ¡Sigues enamorada...!

Ella: — ¿Enamorada?

Él: — ¿Puedes ver aquí de dónde a dónde va tu línea del amor?

Ella: — (*curiosa*) ¿Esa es mi línea del amor? Mira tú, tan irregular.... ¿Sabes cómo es que ha crecido? Recogiendo desperdicios... Así es como crecen esas líneas en las manos...

Él: — ... Observa... va directo al corazón... Pero si ponemos la mano en esta posición, (*acomoda la mano de ella para que apunte hacia Él*), entonces apunta hacia otro corazón...

Ella: — (*Haciéndose la molesta*). ¡Vaya tú! Trae acá mi mano, que la voy a necesitar mañana para... Para lo que sea... Vaya...

Él: — Ella era un imposible... Así que dejé de frecuentar sus lugares...

Ella: — Así que frecuentabas palacios... Bueno, y a todo esto, ¿qué vamos a hacer con Ciriaco...?

Él: — Déjalo...

Ella: — ¿Crees que ya no voy a tener que untarme de chocolate para que no me vea?

Él: — ¿Chocolate? ¡Eres la desconocida de ti!

Ella: — Sí, mira. Huele. Yo no soy de piel tan oscura, pero como ya no encontraba cómo deshacerme del Ciriaco, que me voy por unos Carlos V, que los caliento en la veladora, y que me unto en la cara, como si fuera mugre.

Él: — ¿Así que Ciriaco empezó por galantearte, y cuando no pudo...?

Ella: — Cuando no pudo empezó a amenazarme... Sí... El amor es una maldición, por eso prendo tanta veladora...

Él: — Pues ya todo eso se acabó... Ya no tendrás que preocuparte por el amor... (*aparte*) ¡Eres bajo el influjo del destierro y el desamor, y bajo la ascendencia del amor y del deseo!

Ella: — (*bromea*) ¿Y ya no tendré que poner a San Antonio de cabeza? ¡Ay...! Si vieras lo encantada que estoy con mis santitos...

Él: — Bueno, si quieres puedes poner a todos de cabeza, pero, ¿para qué?... Luego de hoy, ya nada podrá molestarte aquí en tu relicario (*Luego de un espasmo apenas perceptible, se le cierran los ojos*).

Ella — (*Toma un ramo de cempasúchil y lo coloca entre las manos de Él*) Tu primera y tu última jornada en la calle...

(Ella empieza a cantar una canción de cuna, que poco a poco se va diluyendo, conforme va perdiendo la conciencia. Cierra los ojos. Afuera se escuchan los ruidos de la calle in crescendo y un vozarrón, el de Ciriaco).

—“¿Vas a pagar el diezmo o qué? Vieja jija...”.

(Silencio. Oscuro).